

QUE VAN A DAR EN LA MAR
ANTOLOGÍA POÉTICA MEDITERRÁNEA

COL·LECCIÓ
GABRIEL FERRATER

Pere Ballart, Jordi Julià

QUE VAN A DAR EN LA MAR
ANTOLOGÍA POÉTICA MEDITERRÁNEA

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Publicacions
Bellaterra, 2013

DADES CATALOGRÀFIQUES RECOMANADES PEL SERVEI DE BIBLIOTEQUES
DE LA UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

Ballart, Pere; Julià, Jordi

Que van a dar en la mar : antología poética mediterránea / Pere Ballart Fernández; Jordi Julià Garriga. — Bellaterra : Universitat Autònoma de Barcelona. Servei de Publicacions, 2013. — (Gabriel Ferrater ; 73)

ISBN 9788449038976

I. Col·lecció
821.134.1-1"20"

Codi IBIC: DC

Aquesta antologia ha rebut un ajut de publicació del Departament de Filologia Espanyola de la Universitat Autònoma de Barcelona.

©Pere Ballart Fernández i Jordi Julià Garriga
©d'aquesta edició, Servei de Publicacions de la UAB

Edició i impressió:
Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Publicacions
08193 Bellaterra (Cerdanyola del Vallès). Spain
Tel. 93 581 10 22
Fax 93 581 32 39
sp@uab.cat
<http://publicacions.uab.cat/>

ISBN 978-84-490-3897-6
Dipòsit legal: B-19.518-2013
Imprès a Espanya. Printed in Spain

La reproducció total o parcial d'aquesta obra per qualsevol procediment, compresos la reprografia, el tractament informàtic i la distribució d'exemplars mitjançant lloguer, és rigorosament prohibida sense l'autorització escrita dels titulars del *copyright*, i estarà sotmesa a les sancions establertes a la Llei.

Índice de autores

JORDI PERE CERDÀ	27
MARIA BENEYTO	39
MÀRIUS SAMPERE	49
FRANCISCO BRINES	59
BARTOMEU FIOI	65
JOAN MARGARIT	75
JORDI PÀMIAS	85
MARTA PESSARRODONA	95
JOSÉ MARIA ÁLVAREZ	107
NARCÍS COMADIRA	115
ANTONI MARÍ	127
FRANCESC PARCERISAS	141
PERE GIMFERRER	151
GUILLERMO CARNERO	161
FRANCISCO DÍAZ DE CASTRO	169
JAUME PONT	175
PERE ROVIRA	183
ELOY SÁNCHEZ ROSILLO	195
JAIME SILES	201
GASPAR JAÉN	207
MARC GRANELL	223
VÍCTOR SUNYOL	233
PONÇ PONS	247
ÀLEX SUSANNA	265
GINÉS ANIORTE	275
CARLOS MARZAL	283
VICENTE GALLEGÓ	289
VICENTE VALERO	297
MIGUEL ÁNGEL VELASCO	303
GEMMA GORGA	309

LA CEGADORA CLARIDAD

Prólogo a una antología poética mediterránea

*Alguna cosa més que el do de síntesi:
veure en la llum el trànsit de la llum.*

PERE GIMFERRER, «Art poètica»

A la hora de dar forma a una antología que reuniese a los mejores poetas actuales de aquellas tierras que —integradas administrativamente en el estado español— son bañadas por las aguas del Mediterráneo, a sus editores nos vino a la memoria una página antigua, no precisamente célebre, pero releída con alguna frecuencia. Pensamos que acaso ella nos brindaría la clave para dar con un definitivo rasgo común de unos poetas con obra tan diversa como los que, en lengua catalana y castellana, escriben hoy versos en Catalunya, Valencia, Murcia y las Islas Baleares. Su autor es José Martínez Ruiz, Azorín, y la página en cuestión es una prosa de 1924 titulada «Cataluña». Con su estilo descriptivo característico, Azorín apostrofa directamente a la tierra catalana y escribe lo siguiente:

Cataluña: tus costas luminosas atraen nuestra mirada: la mirada de nuestro espíritu. Desde Castilla y desde Vasconia, vemos a lo lejos la faja de oro y luz de las costas mediterráneas. Desde lo más alto de Cataluña se extiende el centelleo de la costa, hasta los confines de Alicante. Y enfrente está la predilecta Mallorca; Mallorca, con el oro y el azul y el morado del agua en sus calas profundas. Cataluña: tu nombre representa para España la vida, el tumulto, el movimiento, el fervor del mundo durante muchos siglos. [...] [L]a armonía, la euritmia maravillosa de la Grecia antigua, que desde Grecia han venido hasta aquí, serán imperecederas. Cataluña es Valencia y es Alicante y es Mallorca.

Es significativo desde luego que el autor distinga perfectamente este territorio como una unidad tanto cultural como paisajística. En sus palabras se reconoce que la identidad de esta «faja de oro y luz» arranca de muy antiguo, desde la primera colonización griega, y parece marcada muy en especial por el tránsito de gen-

tes, la incesante actividad y la apertura al exterior. En cuanto a su orografía y carácter, Azorín abunda mucho más en la segunda parte del texto:

Cataluña tiene sus montañas llenas de soledad y sus masías en que la tradición es inmovible; sus campanarios, blancos y cuadrados, llegan casi hasta las olas azules. Valencia tiene sus naranjales; las hojas del naranjo son charoladas; entre el follaje lustroso, brillan las áureas esferas o las suaves y carnosas florecitas ponen sus ampos blancos; el aire es templado, voluptuoso; la luz es cegadora. Alicante tiene sus almendros y sus olivos. [...] Los almendros crecen en Cataluña, en Valencia, en Alicante y en Mallorca. Los almendros son finos y se levantan sobre los blancos ribazos. En ninguna parte de España hay almendros bañados como estos por una luz tan viva. En ninguna parte los horizontes, por encima de suaves alcores, tienen tan luminosas perspectivas. Las cosas resaltan, con todos sus pormenores, a remotísimas distancias. Los hombres son prestos y ágiles; su entendimiento es sutil; se alimentan frugalmente. Cataluña, Valencia, Mallorca, Alicante: quien lleve innata la visión de vuestra luz en la retina, no os podrá olvidar jamás. Ese almendro sobre las piedras blancas — delicado y gracioso — es el símbolo de vuestra delicadeza y vuestra gracia.

Tradición, acuidad, sobriedad, gracia... Si por un momento dejamos al margen el signo panegírico que el autor quiere sin duda imprimir a sus palabras, lo cierto es que las precisiones con que dibuja el territorio común mediterráneo son certeras, y se diría que descubren una especie de necesaria conexión entre un talante diligente y una inteligencia despierta (a los que apuntan ese «prestos y ágiles» y el entendimiento «sutil») y el hecho positivo de que la luz es aquí clarísima, capaz de realzar y desnudar a los ojos del espectador los horizontes más lejanos. Por otra parte —y si entramos por fin en un dominio netamente literario—, habrá que decir que su evocación de los «almendros finos» parece justísima, y no sólo en lo geográfico (porque la presencia en el paisaje del denominado *prunus dulcis* es efectivamente compartida a lo largo de todo el territorio), sino porque en ella nos parece estar recordando, de paso y al mismo tiempo, todas aquellas otras miradas (y son muchas) que han tenido, con resultados líricos, un idéntico referente. Es imposible no reconocer en esos mismos almendros que admira Azorín aquel otro «ametller» que «ha florit vora mar» de Josep Sebastià Pons, el «a mig aire de la serra | veig

un ametller florit» de Joan Maragall, el «camp dels ametlers» de Maria Antònia Salvà, las «aladas almas de las rosas | del almendro de nata» de Miguel Hernández, o la «espuma del almendro» que cantaba Jaime Gil de Biedma.

Trascendida sin embargo la simbólica imagen de ese árbol, lo cierto es que, escritos en una u otra de las dos lenguas que conviven en toda esta ribera, se diría que los versos del país aspiran hace mucho a participar de una común naturaleza, una nitidez en la representación, una plasticidad de las imágenes en movimiento, que, sin duda, es la consecuencia más honda y más sutil de su exposición a un paisaje en el cual, como bien subraya Azorín, «las cosas resaltan, con todos sus pormenores, a remotísimas distancias». En lo que tiene de artista, de sujeto con una percepción constantemente afinada y alerta, un poeta de esta tierra no puede ser ajeno a la permanente solicitud de unas formas y colores, de una orografía y horizontes, que la luz delinea con una casi terrible transparencia. No falta tampoco, por supuesto, quien haya explicado muy bien los inusitados sesgos con que el sol recorta aquí los contornos del mundo: «Es el tiempo en que la luz que procede del oriente —desde donde el sol acaba de emerger y está dando comienzo a su recorrido visible— no llega aún con ángulo abierto sobre la superficie de las cosas. Cuando todavía rasea sobre el suelo y lo impregna todo de luminosidad horizontal». Seguramente nadie mejor que alguien nacido en otras tierras para dar razón de lo que sucede bajo este preciso cielo, para apreciar con ojos, que vieron muchos otros, qué aspecto tan singular ofrece este paisaje. El fragmento es esta vez de *El minuto y el año* (2008), ensayo entreverado de prosa poética; en él Antonio Cabrera, gaditano de Medina-Sidonia pero afincado en la valenciana Vall d'Uixó desde hace algunos años, firma una insuperable descripción del efecto de la luz levantina sobre las tierras que la reciben a diario, en una innominada hora de la mañana más cerca del amanecer que del mediodía. En la aguda sensibilidad de algunas frases de «Con luz de oriente», el exquisito lírico que es Cabrera nos parece —a quienes hemos preparado la antología

que el lector tiene en sus manos— que ha explicado muy bien aquello a lo que él mismo dice conceder rango de «fenómeno de dimensión poética». Y ello es que el observador llega a percibir, en ese momento y lugar tan concretos,

cómo cualquier cosa se transforma en una entidad perfectamente dual, cómo de pronto todo presenta una frente encendida por la luz reptil y una espalda oculta, mitad que no es negación sino velada presencia. El verde de los naranjos equivale a un anverso en exposición escrupulosa, mientras el reverso esconde una cosecha grávida de sombra madurada. Al pasar junto a tapias que han absorbido la avalancha entera de fulgor, imagino su vertiente de orín y de rocío, donde hay un día nocturno.

No hubiéramos sabido nosotros exponer mejor cómo la poesía de los autores que este volumen recoge, y que se ha escrito toda al calor de esa misma luz así descrita, también se deja definir con arreglo a las dos caras que muestra el mundo en el fragmento citado. En el dominio de la poesía, en el Mediterráneo que las páginas siguientes antologan, también hay una escritura radiante, que da su máxima nitidez a una realidad «en exposición escrupulosa», y otra umbría, que busca sus bellezas no en aquellas superficies refulgentes sino que —tal vez ya deslumbrada—, decide volver su mirada a los secretos escondidos en un «día nocturno». La primera es una poesía del detalle y la localidad, que busca y acaricia sus anécdotas, que cede a veces a un desarrollo narrativo y que gravita siempre en torno a unas pocas imágenes selectas, presentadas con la minucia de un relieve. Es una poesía del instante iluminado, de la epifanía, o acaso, si se aleja alguna vez del realismo material de la escena en que se ha inscrito, es al cabo una poesía alegórica, y por tanto no menos objetiva que cuando solamente describía lo real contemplado. La segunda es en cambio una lírica que se conforma menos con la apariencia de las cosas y que confía en verlas al través, por decirlo de algún modo. Su afán está en algo menos visible, aun cuando haya podido ser un exceso de luz el que empuje ahora a la retina a entornarse y a soñar que mira un paisaje menos inmediato, de figuras más imaginadas y mentales. Es ya una poesía del símbolo, que no ve situaciones sino estados, que prefiere las categorías a la metafísica

menor de lo anecdótico. Si la primera abigarraba su percepción de cualquier dato en un vocabulario lujoso, esta otra depura hasta el concepto los sentidos de un léxico mucho menos opulento; si aquella daba un dejo coloquial al tono de un suceso del que cualquiera pudiera ser protagonista, ésta en cambio hace solemne, o bien cercana al extravío o al idioma cifrado, la dicción de algo que existe en una conciencia de repente única... Bajo la luz del Mediterráneo midieron sus versos Juan Gil-Albert y César Simón, aquí escribió Vicent Andrés Estellés, pero también Carles Riba; estos paisajes inspiraron sin duda a Gabriel Miró, pero también ha sido el mundo de J. V. Foix, y es donde hoy se vuelve a leer con mayor devoción que en ningún otro sitio a Juan Ramón Jiménez. Un territorio rico y complejo, por fortuna, que la luz meridional vuelve aún más lleno de matices.

Pero va siendo hora de que demos por fin alguna razón de cómo hemos hecho las cosas, y de por qué quizá la antología que el lector va a encontrarse se parece más bien poco a muchas otras que conoce. *Que van a dar en la mar* es el fruto final de lo que ha sido durante varios años un proyecto universitario de investigación, con sede en la Universitat Autònoma de Barcelona, titulado «Poesía catalana y española 1975-2005. Poéticas comunes y relaciones intertextuales» (HUM2005-05457), cuya finalidad principal era la adquisición de un conocimiento exhaustivo y sistemático de las relaciones literarias establecidas en los últimos treinta años entre las poesías catalana y española. Con el auxilio de una metodología comparatista, la investigación se proponía analizar las circunstancias de toda índole que durante el período estudiado han incidido en el cultivo de la poesía lírica en una y otra literatura, y cómo las afinidades y divergencias entre ambas avalan la hipótesis de una evolución paralela, de frecuentes y enriquecedoras influencias recíprocas. Por esta razón el proyecto se abrió inevitablemente a tres frentes de estudio: el histórico, imprescindible para periodizar el lapso temporal objeto de análisis, así como su evolución y tendencias; el teórico, volcado sobre la identificación y descripción de estéticas y concepciones poéticas compartidas; y

el crítico, atento a la recepción real de las producciones poéticas respectivas y a dar cuenta de la existencia de un canon de la lírica hispánica contemporánea. En última instancia, la investigación aspiraba asimismo a alcanzar una perspectiva global desde la que poder contemplar el contacto de ambos sistemas literarios a la luz de la repercusión que ha tenido la postmodernidad en la lírica de las dos nacionalidades.

Obligados a intentar explicarnos la evolución histórica y estética de las dos tradiciones poéticas, pronto advertimos que la relación era muy especialmente fructífera y dinámica en el territorio geográfico en que coexisten históricamente las dos culturas a las que aquéllas pertenecen. Y estimamos que una antología poética podía ser, a efectos de divulgar los resultados de nuestra reflexión, el mejor de los vehículos y a la vez la mejor de las invitaciones para que lectores de todo tipo pudieran hacer suya la investigación que nosotros habíamos iniciado. De este modo, y a fin de demostrar con ejemplos prácticos las afinidades y discrepancias de las dos poesías hemos preparado una selección de 150 poemas de 30 autores actuales de las dos tradiciones y de los diversos territorios que comprende el ámbito de estudio. Con el mismo criterio, hemos escogido cinco poemas de cada autor y hemos preparado una presentación de sus rasgos estilísticos y de su respectiva evolución estética. Cada selección pretende cubrir la trayectoria de cada poeta desde sus inicios hasta la actualidad, y se ha cuidado de incluir en todos los casos una composición de carácter programático, es decir, con una formulación expresa de la particular concepción de la poesía sostenida por su autor. (Sólo con aquellos poetas con obra tanto catalana como castellana nos hemos tomado la licencia de no ordenar sus composiciones con arreglo a un criterio cronológico absoluto, sino presentando por separado su obra en una y otra lenguas.)

Cabe la posibilidad de que el título genérico de esta antología haya inducido a error a alguno de sus potenciales lectores. *Que van a dar en la mar* es una expresión que, más allá de su sencillez coloquial, viene avalada por una referencia poética ilustre: pocos

desconocerán su procedencia, tan antigua como los versos de Jorge Manrique, que en las *Coplas por la muerte de su padre* propuso aquella imperecedera metáfora: «Nuestras vidas son los ríos | que van a dar en la mar, | que es el morir». Cinco siglos más tarde, otro poeta, Jorge Guillén, tituló así, como hemos vuelto a hacer nosotros, una de sus colecciones poéticas. A despecho de la dimensión metafísica que en efecto tienen también muchos de los poemas aquí recogidos, y que en la imagen manriqueña era inequívoca, la nuestra es una antología de poetas que sin excepción miran al mar, y que en la costera condición de su país hallan una inspiración permanente. Que ello y el adjetivo *mediterránea* del subtítulo no haga suponer, sin embargo, que serán predominantes las composiciones marineras. Un compás sobre el mapa como el que llega a abrir este volumen, compás cuyos brazos son Jordi Pere Cerdà, rosellonés, y Ginés Aniorte, murciano, abarca por supuesto una suma diversísima de temas y tópicos más allá de lo marítimo. Sea como fuere, es un elemento que para el palentino Manrique era figurado, pero literal para nuestros poetas, iluminados siempre por el «centelleo de la costa». Aunque, si la antología, en vez de tener por destinatario primordial al lector castellanohablante, estuviera dirigida solamente al público catalán, a sus responsables no nos hubiera costado titularla de una manera muy similar. Entre los versos extraordinarios de Ausiàs March, está el que dice que «los rius a la mar tots acorren» comparando ese destino final con toda peripecia humana conducente a Dios. *A la mar tots acorren*, pues, hubiera brindado al libro el mismo signo doble, litoral y reflexivo, que tiene el que ahora ostenta.

Para nosotros sus editores, el hecho de enfrentarnos a dos tradiciones literarias tan poderosas como la catalana y la española (en este caso la de aquellos autores que pertenecen a ella y que escriben en un lugar u otro del levante peninsular), sumado a una extraordinaria (en buena hora) longevidad vital y creativa de muchos de sus representantes, auténticas «piedras de toque» poéticas, ha tenido como principal consecuencia que nos hayamos visto obligados a no incorporar a la selección a ningún creador nacido

con posterioridad al año 1968. Muchos han sido, qué duda cabe, los autores que tuvimos presentes en un primer momento, y que han quedado fuera de nuestra elección, aun cuando su inclusión hubiera sido justificable fácilmente desde numerosos puntos de vista. En nuestras intenciones estaba, sin embargo, la de trazar un pequeño canon, seleccionando equitativamente la nómina relativa a cada lengua atendiendo criterios como los siguientes: la calidad intrínseca de la obra individual, su capacidad para representar una tendencia de época o unos principios estéticos distintivos, su voluntad por conectar con una tradición (o bien por discutirla o sustituirla), su originalidad y su fuerza modelizante, y su facultad de engendrar influencia. Tales principios, en permanente interrelación, son los que explican pues la presencia de los poetas que agrupamos en esta antología, y esperamos que las presentaciones que anteceden a la selección concreta de cada autor acierten a dar cumplida cuenta de las virtudes singulares de cada uno de ellos, y de cómo su poesía es a nuestro entender la más representativa de una lengua, una tradición, un momento, o una tendencia artística determinadas.

En este sentido, la presente antología ha querido reunir poetas en lengua castellana y catalana y hacerlo además fusionando también dos modos historiográficos diferenciados y muy característicos de cada tradición, como son la periodización por generaciones y la agrupación por estéticas (tan caros, respectivamente, al estudio de la literatura española y al de la catalana). Ello ha podido facilitar la percepción de unas tendencias artísticas de época y de generación que hubieran pasado inadvertidas en caso de tener en cuenta uno solo de estos criterios. El ejercicio, sin embargo, también ha tenido alguna contrapartida menos deseable, como la de impedirnos incluir a más de un autor generacionalmente representativo al estar obligándonos a acotar los nombres seleccionados a una nómina muy reducida y dependiente de dicho criterio doble. Evidentemente, muchos son los poetas comprendidos en este lapso de tiempo cuya presencia en la selección sería adecuada y natural, pero no hay que olvidar tampoco que nuestra

voluntad de ser a la vez justos y plurales debía atenerse todavía a un límite mucho más taxativo y al margen de toda consideración subjetiva: la consigna de no superar, como hemos dicho, los treinta nombres. Por si lo necesariamente exiguo de la nómina no fuese un problema lo bastante arduo, dada la amplitud del período y las dimensiones del ámbito geográfico cubiertas por la antología, otros imponderables se han cruzado también por el camino. Si el fatal zarpazo de la edad fue el que impidió que incluyésemos aquí la poesía, de raíces tan genuinamente vanguardistas, de Josep Palau i Fabre (hasta el año 2008 decano absoluto de la poesía catalana), en otra ocasión fue una decisión personal, como la tomada por Enric Casassas, la que nos privó de representar a un poeta que hubiésemos querido ver antologado. Con todo, y como cualquier proceso que se dilata en el tiempo, tampoco nuestro proyecto inicial de reunir solamente poetas vivos ha podido cumplirse a la postre, por desgracia: ya con la antología en marcha, hemos tenido que asistir, sucesivamente y en muy poco tiempo, a las desapariciones de Jordi Pere Cerdà, Maria Beneyto, Bartomeu Fiol y —más dolorosa si cabe todavía por inesperada y prematura— de Miguel Ángel Velasco. En la convicción de que nuestro mejor homenaje era rendir tributo a sus obras respectivas, hemos tomado sin dudar la decisión de seguir incluyendo sus versos en el volumen, al que gustosa y entusiásticamente ofrecieron sus versos de manera desinteresada.

Por otra parte, si algo no nos ha parecido pertinente olvidar, ello es la particularidad de la zona geográfica objeto de estudio: al este de la Península Ibérica y al oeste del Mediterráneo coexisten desde hace siglos dos comunidades culturales que se influyen y condicionan mutuamente, de modo que en el acto concreto de escoger unos nombres, también hemos querido tomar en cuenta su posible representatividad no sólo dentro de su propia tradición, sino también en la vecina. Esta reciprocidad de aceptación y reconocimiento, surgida del contacto y del diálogo, permite además estudiar y comprender mejor los giros y los cambios en el seno de cada tradición lírica. Dos ejemplos en las dos direcciones

de dicha relación: por una parte, el interés por la obra de Joan Vinyoli y su traducción y difusión en castellano, unidos a la admiración por la poesía de Vicent Andrés Estellés, no han dejado de desempeñar algún papel en la evolución de determinados poetas españoles incluidos en esta antología (Marzal, Gallego), ejerciendo una influencia sobre ellos que les ha permitido renovar la línea realista y escapar así de todo epigonismo. Por otro lado, en el firme afianzamiento de nombres como el de Joan Margarit (y no sólo dentro del canon catalán, como lo prueba el que cuente en su haber un Premio Nacional de Poesía) no hay que desdeñar la contribución de un factor como el de su identificación con estéticas realistas españolas, defendidas incluso por autores de menor edad y no tan larga trayectoria.

Una de las particularidades de esta antología es que el lector no siempre va a encontrar en ella los poemas de cada autor más habitualmente antologados y difundidos (ni tampoco por fuerza aquellos que los mismos poetas han dicho preferir); antes bien no sólo, por supuesto, aquellos que nuestro juicio estima más logrados, sino también esas otras piezas, tal vez menos frecuentadas por la crítica, que mejor nos han parecido responder a una o algunas de sus maneras características como escritores líricos. Así pues, el criterio de excelencia se combina y se proyecta sobre el espectro estilístico típico de cada autor, lo que tiene como consecuencia que en el afán de dar respuesta a la versatilidad de un determinado poeta la selección pueda resultar poco convencional. Por cierto que sólo ocasionalmente hemos decidido fragmentar alguna de las piezas elegidas, cuando se trataba de poetas cuyo impulso lírico sobrepasa las dimensiones del poema corto; llegado ese momento, hemos optado generalmente por respetar la unidad compositiva de una sección completa, o de uno de sus movimientos. Dada la complejidad que conlleva la elaboración de una antología que comprende autores de dos lenguas, la adecuada presentación de los textos catalanes en castellano ha sido uno de los mayores problemas que los responsables hemos debido abordar. En alguna ocasión hemos reproducido traducciones ya exis-

tentes (especialmente cuando es el propio autor quien traduce sus versos), pero en la mayoría de los casos la versión ha corrido a nuestro cargo, bien por ausencia de adaptación alguna o porque las ya editadas impedirían reconocer en el texto alguna cualidad que considerábamos muy relevante.

Los resultados de un trabajo como el que con esta antología presentamos no pueden ser indiferentes, como es lógico, a un intento de apreciar cuál ha sido la evolución de las dos literaturas poéticas que aquí se abrazan: si ha sido la misma, si ha conocido o no períodos parecidos y si una y otra han podido ejercer alguna influencia mutua. Aunque una reflexión rigurosa sobre este particular escapa de los fines de este prólogo (y ni que decir tiene que de su extensión), no estará de más que hagamos algunas observaciones muy sumarias al respecto. En cuanto a los autores nacidos antes de la Guerra Civil, es menester destacar lo relevante y sostenido de su producción desde la década de los 60, si bien en el caso de los autores catalanes hay que notar cómo ha sido a medida que la industria cultural en esta lengua se iba normalizando y consolidando que se ha ido también incrementando el ritmo de sus publicaciones. Es el caso, por ejemplo, de uno de los poetas más longevos de la antología, Màrius Sampere, nacido en 1928. Su reconocimiento, con todo, contrariamente a lo sucedido con un coetáneo suyo como Francisco Brines —poeta de obra sólida desde los años 60—, no ha tenido lugar hasta los años 90, porque la propuesta estética que defiende —a medio camino del existencialismo, el humanismo, el surrealismo, el *beat* y la experimentación— no tenía cabida dentro de la línea realista-simbolista más propia de la poesía catalana contemporánea. Sus planteamientos sólo han sido comprendidos y asimilados por las jóvenes generaciones y por el ámbito de la crítica muy tardíamente, y es en estos momentos cuando su obra alcanza el cenit de su valoración.

Por lo que se refiere a los autores nacidos durante la guerra y a lo largo de los años 40, se pueden distinguir con claridad dos grupos de estéticas bien definidas y de carácter divergente: el de aquellos que desde muy temprano practican una poesía de la

experiencia, y el de quienes se adscriben a la propuesta novísima. En el ámbito catalán, sin embargo, es destacable el hecho de que algunos autores hallen en seguida en las propuestas artísticas veyecianistas y neovanguardistas un buen acomodo para su poesía más introspectiva y menos realista (como en el caso de Jaume Pont o Antoni Marí), pero que también otros de los nombres más destacados del canon poético, cuya voz se asocia habitualmente a la elaboración de una poesía realista, hayan tenido una época donde el esteticismo y el culturalismo les aproximó a tendencias novísimas *avant la lettre* (caso, por ejemplo, de Marta Pessarrodona, Narcís Comadira o Francesc Parcerisas).

Asimismo, es interesante observar cómo la línea realista y experiencial se empieza a cultivar en catalán desde finales de los años 60, precisamente debido a la incidencia directa de la poesía de Gabriel Ferrater, y al peso de los integrantes de la conocida como *Escuela de Barcelona* (Gil de Biedma, Barral o Goytisolo, entre otros), ello sin menoscabo de aquellos otros poetas catalanes que a mediados del mismo decenio adoptaron una propuesta estética semejante o bien empezaron a poder publicar y difundir su obra —como fue el caso, respectivamente, de Joan Vinyoli y Vicent Andrés Estellés. Barcelona no sólo fue núcleo de cohesión de gran parte de la Generación de los 50, sino que también lo fue de la generación de los Novísimos, cuya obra empezó a ser valorada y considerada a partir de la segunda mitad de los años 60 y principios de los 70. El predominio de estas apuestas artísticas dentro del panorama español determinó que muchos poetas en castellano de línea más realista no accedieran a la publicación o al prestigio hasta fines de aquella década, o hasta inicios de los años 80 (como sucedió con autores más jóvenes, como Eloy Sánchez Rosillo o Francisco Díaz de Castro).

La generación poética de los poetas nacidos en los años 50, que incluye a aquellos grupos que en el ámbito español son conocidos como los *postnovísimos*, la *poesía del silencio*, o de la *otra sentimentalidad*, encuentra en la cultura catalana una gran variedad de propuestas, sobre todo si se dejan de lado las tendencias

más comprometidas, neopopularistas y neovanguardistas que tuvieron lugar en la segunda mitad de los años 70. Esta revisión y apropiación de las tradiciones, concebidas simultáneamente, hubo de constituir un rico tapiz tejido tanto con los hilos heredados de la vanguardia (Joan Salvat-Papasseit, J. V. Foix y Joan Brossa), como con los aportados por el influjo de la poesía de la experiencia, renovada merced a los magisterios de Rilke, Borges y Kavafis. El esteticismo, la actitud introspectiva, la sentimentalidad, la ficcionalización del yo, y la asunción y duda de la realidad y del signo que la formula serán algunos de los rasgos compartidos, en mayor o menor medida, por los autores de ambas tradiciones en contacto. Durante los años 80 y 90, décadas en que estos poetas dan a conocer sus obras, coexiste su producción con los mejores libros de los poetas de la experiencia, y con los de aquellos poetas novísimos que, habiendo dado un notable golpe de timón a sus propuestas más neovanguardistas, avanzan ahora hacia tendencias más realistas y meditativas.

Y es precisamente en esta década de los 90 cuando despunta otra generación poética, la de aquellos autores nacidos a principios de los años 60, y cuyos primeros libros se encuentran influidos —positiva y negativamente— por la poesía realista imperante, no sólo por sus voces principales, sino también por los ecos epigonales que transitan y agotan la coíné experiencial. Su estilo no pudo sino forjarse dentro de esta línea poética (y buena muestra de ello son los primeros títulos de los autores seleccionados), hasta que decidieron romper con una vinculación tan personal con respecto a la anécdota del poema, y enriquecer la exposición de los fenómenos externos mediante el ahondamiento de unos tonos cada vez más reflexivos y meditativos y la elección de unos temas propios de la poesía metafísica. Todos ellos, pues, parecen compartir un deseo común, el de alcanzar en sus poemas una superación de la experiencia, planteándose los *realia* en su significado en relación con el ser, con el yo que los piensa, los define, y se construye respecto a los mismos. Bien mirado, la obra de muchos de estos poetas se deja explicar por su relación con la de

algunos autores nacidos en los años 30 y 40: así, Ginés Aniorte se inscribe en la línea elegíaca de Brines y Sánchez Rosillo; Carlos Marzal, Vicente Gallego y Miguel Ángel Velasco se valen de un estilo cercano al de Brines para superar *la otra sentimentalidad* que caracterizaba sus primeros libros; y Vicente Valero crece a partir de la poesía de uno de sus coterráneos, Antoni Marí.

Poner una junto a la otra las dos tradiciones en contacto en el ámbito geográfico que esta antología comprende, tiene como consecuencia que de su observación conjunta se puedan extraer algunas impresiones básicas que se imponen, incluso, a quien se acerque sin ánimo exhaustivo a su lectura o conocimiento. Mientras que en la tradición española hay un predominio sostenido de un cierto culturalismo y de una ambición metafísica (todavía herederos de la empresa poética del Siglo de Oro), en la catalana estos elementos no tienen ni el mismo cultivo ni idéntica valoración. En cambio, en esta tradición el poso medieval de una actitud más terrenal, irónica y satírica, se combina con el legado aún vivo de la estética vanguardista europea. El hecho de que la poesía española disponga de una sólida coiné, de prestigio secular, permite que cada poeta (realista o metafísico) se la pueda apropiarse a voluntad con el valor de un bien mostrenco. La moderna lengua poética catalana, en cambio, se forja a partir de unos modelos decimonónicos, y cada diferente generación y estética contemporánea se ha visto en la necesidad de acompañar su propuesta artística de un concienzudo trabajo de habilitación de una lengua poética. Eso explica, por ejemplo, una proximidad tangible entre oralidad y escritura, y entre lengua popular y lengua culta, que en la lírica española no es tan estrecha, ni tan apetecida.

Una última constatación es la que puede aún haber arrojado el ejercicio: gran parte de la poesía contemporánea se ha caracterizado por enmarcarse dentro de la gran ciudad, y desde Baudelaire hasta nuestros días la modernidad poética ha tomado sus asuntos de la experiencia efímera de lo que pasa en la calle, y se ha visto marcada por el ajetreo de la urbe, artificial y mecánico, y por las nuevas formas de sentimentalidad que nacen de este ámbito so-

cial. Sin embargo, a finales del siglo XX y principios del nuevo milenio, podemos constatar que sólo aquellos que han permanecido fieles a una estética lírica que tenía como escenario la gran ciudad han continuado abriendo sus versos a formas de vida metropolitana. Un gran número de poetas que habían tratado en sus poemas alguno de los aspectos de la modernidad urbana ha abandonado el interés por este tipo de motivos, en favor de otros mucho más parciales, centrados en un aspecto de la existencia humana o en la descripción de un pequeño objeto concreto que actúa de correlato objetivo. Aquellos que siguen apostando por registrar en sus poemas una situación, cuyo protagonista o narrador es el yo poético, han sustituido las calles de la metrópolis por la naturaleza —más o menos artificial—, de manera que empezamos a asistir poco a poco a una transformación por la que el *flanêur* de los bulevares baudelairianos vuelve a convertirse, en un inesperado viaje de vuelta, en un *wanderer* de resonancias románticas.

Y es que hasta cierto punto, el «clasicismo» de la gran ciudad imperante en los últimos cincuenta años del siglo XX se sustituye por una nueva actitud romántica y postmoderna gestada con el cambio de centuria. En los últimos años se viene registrando un interés creciente por recuperar el paisaje que tantos decenios de urbanización han ido destruyendo. Una preocupación apocalíptica ante la pérdida progresiva del ámbito natural que, al fin y al cabo, coincide en tiempo y forma con una seria reflexión a propósito de la identidad. No puede extrañarnos que en un momento de máxima uniformidad global, dentro de la galaxia electrónica, los poetas más realistas tiendan hacia una poesía de recuperación de aquellos ámbitos donde se asienta el sujeto, y donde se distingue de los demás: la soledad reflexiva del yo, el recuerdo, la intimidad sentimental, la familia, la amistad, o bien el encuentro del individuo con la madre naturaleza. «Se canta lo que se pierde», escribía Antonio Machado, y parece ser este espíritu el que orienta ahora mismo los derroteros de la lírica actual.

La antología que hoy presentamos, en definitiva, habrá alcanzado desde luego su principal objetivo si ha conseguido por lo

menos soslayar aquel peligro del que una vez hablara Joan Fuster en su *Viatge al País Valencià*, cuando se refería al modo con que algunos términos, como por ejemplo el de «Levante», han buscado en diferentes épocas escamotear una realidad histórica, lingüística, cultural y política. El Mediterráneo poético cuya imagen aquí ofrecemos es el país plural y bilingüe, de dos sólidas culturas de enorme pujanza literaria, que la obra de los poetas escogidos esperamos representen. Todos, eso sí, bajo la misma luz de «*encegadora netitud*» que Fuster, hablando de la pintura de Sorolla, describió en esas mismas páginas.

Pere Ballart y Jordi Julià
Bellaterra, 23 de enero de 2013

Que van a dar en la mar
Antología

*Sí com los rius a la mar tots acorren,
així les fins totes en tu se n'entren.*

AUSIÀS MARCH

I

JORDI PERE CERDÀ
(Sallagosa, 1920 – Perpinyà, 2011)

Fue el ciudadano francés Antoni Cayrol quien, detrás de un seudónimo que proclamaba su nacimiento en la comarca pirenaica de la Cerdanya, tomó el testigo de Josep Sebastià Pons en el renacimiento cultural en lengua catalana del Rosselló. Su participación durante la Segunda Guerra Mundial en la Resistencia le llevó a la práctica de la poesía, y la influencia de Neruda, Machado, Lorca y Hernández (a quien tradujo) iba a serle crucial. En la Catalunya bajo administración francesa ha sido un auténtico bastión de la supervivencia de la lengua propia: Cerdà consumó su paso de la oralidad a la escritura, y ha proporcionado un modelo literario para cada género (lírica, teatro, narrativa y memorialismo). El activismo cultural le ha hecho trascender el ámbito local rosellonés, y sus contactos personales comprendieron de Louis Aragon a Georges Mounin. La armonía sencilla del mundo elemental del campo y la montaña centra temáticamente toda su obra [1]. La manera primordial de Cerdà se expresa en poemas estróficos de arte menor, con uso variable y mixto de verso blanco, consonancia y asonancia, para complicarse progresivamente con una aparente irregularidad y una mayor pretura semántica [2]. Su mejor libro, Dietari de l'alba (1966/1988), conjuga el intimismo de unos motivos amorosos, y familiares, con la metáfora arriesgada casi surrealista, que le permite actualizar brillantemente situaciones típicas de la tradición poética, como la del amante insomne o la gestación de un hijo [3, 4]. Como en esa obra, el uso del apóstrofe es constante en su lírica, y también le es útil para vehicular unos contenidos de significación histórica o política. En su última etapa también se preocupó por una reflexión sobre el signo [5], sin olvidar que el problema de la lengua se convierte en el auténtico protagonista de toda su producción.

- [1] «Els llosats» (*La guatlla i la garba*, 1951)
- [2] «Els galls» (*Cerdaneses*, 1952-1953, en *Obra poètica*, 1966)
- [3] «*Sé que tens secrets...*» (*Dietari de l'alba*, 1966/1988)
- [4] «*Espera*» (*Dietari de l'alba*, 1966/1988)
- [5] «*Poders del mot*» (*Suite cerdana*, 2000)